



ESTUDIOS GENERALES

Francisco Alvarez

D

urante los siglos XVII y XVIII, un tipo de saber, el filosófico, abstruso, recóndito, arcano, semiinútil y de difícil comprensión, según, hoy, vigente opinión generalizada de los más, incluso de los así llamados intelectuales, era patrimonio común de cualquier hombre ilustrado e incluso medianamente culto de entonces. Las obras de Descartes, de Malebranche, de Pascal, de Spinoza, de Leibniz, de Hobbes, de Bacon, de Locke o de Hume, por citar sólo unos pocos entre los más brillantes, eran, repito, leídas, discutidas y comentadas por todos, con poco que sobresalieran de la gran masa de los hombres no ilustrados.

Hay que conceder al haber de aquellos grandes pensadores el que, sin desmedro de sabiduría, agudeza y profundidad, eran fáciles, escribiendo en un lenguaje preciso, llano, asequible para cualquier persona medianamente culta. Nada de rebuscadas paradojas, ni de culteranas metáforas, ni de términos técnicos, excepto, claro es, la media docena de imprescindibles, que, de otro lado, se cuidaban de precisar y definir para claridad del lector. Pretendían, con buena fe, decir y fundamentar lo que

ellos estimaban la verdad, para que las gentes enriquecieran sus espíritus con ella. Jamás ocurriéseles hacer oscuro de lo

claro, ensombrecer el discurso por medio de toda clase de artificios en el decir, con la pretensión, allende la verdad, de aparecer *profundos*. Por eso, el saber filosófico caló muy hondo en las conciencias de las gentes y pudo contribuir, junto con el paralelo desarrollo del saber científico, a los grandes cambios, en tantos aspectos de la vida, que caracterizan a los tiempos modernos y de que hoy gozamos.

A finales del siglo XVIII, sin embargo, el saber que comentamos, el filosófico, se hace artificioso, reservado, oculto, esotérico, reduciéndose, paulatinamente, por consiguiente, el círculo de gentes en quien influye. Cuando Kant hablaba del *giro copernicano* de su filosofía se refería a otra cosa, pero en lo que tiene que ver con la estofa y papel de la filosofía su obra representa también un *giro* en relación con todo lo anterior. Fue el primer *profesional* de la filosofía, el primero que vivió de ella, como profesor universitario. La gente acostumbró desde entonces a considerar el saber filosófico como un saber aparte, propio de un *gremio* un tanto pintoresco, que, con independencia de cuáles pudieran ser sus pretensiones, pensaba y escribía para unos pocos y en relativamente también muy pocos influía. Si a esto se añade el prestigio que, paralelamente, en la conciencia de la mayoría, van alcanzando las ciencias naturales, no porque sus resulta-

dos sean de más fácil comprensión, antes al contrario, que los filosóficos, sino por los tangibles resultados que en variados aspectos de la vida traen dichas ciencias, se entiende que la filosofía, al revés de lo que había sido sólito en los dos o tres siglos anteriores, vaya perdiendo peso y significación en la conciencia y estimación de los hombres.

Otro saber que, durante siglos, contribuyó de manera significativa a la formación de los espíritus fue el histórico. Mas, a pesar de que la Historia logró, al fin, consagrar su carácter de verdadera ciencia en los tiempos modernos, hoy es una realidad el poco interés de las gentes por los hechos pasados, excepto por la media docena de un poco de bulto en cada pueblo, que a unos les sirven para escribir ensayos en búsqueda de las raíces del ser propio y a los más, entre la grey abundosa de los políticos especialmente, para salpimentar sus discursos con referencias que conmuevan las fibras más íntimas de los oyentes. Aquí, la decisiva razón del cambio está en el *giro* también que se produjo en la manera de *sentir* y de valorar el flujo del tiempo por parte de los hombres. ¿Tiene nada de extraño que el ciudadano medio de hoy —verdaderamente más que nunca *mediocre* y hombre-masa— archiconvencido como lo está de la idea de *progreso*, de un venturoso porvenir por delante, se despreocupe del pasado? ¿Que en la historia, al menos que sea de la *realidad nacional*, sólo sea un cúmulo de hechos baladíes e intrascendentes, de los que es lícito prescindir, preocupado sólo, como efectivamente lo está, del promisorio futuro que le espera?

Este descrédito de algunas de las disciplinas humanísticas que antaño permitieron al hombre tener una visión más cabal, ponderada y completa del mundo y de sí mismo, ha sido, junto a algunas otras razones, el motivo de la aparición, en nuestros días, de lo que, con expresión que se ha hecho tópica, se denomina el *bárbaro especialista*. No obstante, desde hace ya bastantes décadas a esta parte, los más lúcidos entre los hombres de hoy cayeron en cuenta que, aunque eso del *especialista* está bien, esto es, resulta una absoluta necesidad como fruto del prodigioso avance de las ciencias, lo de *bárbaro* era un mal, del que había que esforzarse por prescindir, si queríamos hombres armónicos, equilibrados, sanos. Esa fue la razón de ser de los *estudios generales* en las universidades. En 1950, la unión o asociación de universidades latinoamericanas, en reunión celebrada en la vetusta de Guatemala, recomendó a las distintas casas superiores de estudio la creación, caso que carecieran de ella, de Facultades de Humanidades o, según también común denominación, de Filosofía y Letras. De entonces acá y con la mira puesta en la formación de un hombre más *integral*, los

referidos *estudios* han constituido práctica común en la mayoría de las universidades por estas latitudes, con buenos resultados.

No obstante, a pesar del entusiasmo con que se inició por doquier la tarea, ya desde el comienzo los estudios generales fueron cuestionados por toda clase de mentes suspicaces, basándose en una muy variada serie de pretextos. Mas, como de otro lado, no es fácil ni grato aparecer en el mundo de nuestros días como enemigo del saber, cualquiera que éste sea, la recóndita enemistad disfrazóse de mil formas: criticáronse una y mil veces los *programas*, se redefinieron hasta el cansancio los *objetivos* y, al fin, como un medio de atentar contra los estudios generales sin, al parecer, hacerlo, comenzaron a airear algunos la idea de la *verticalización*.

Es curioso que quienes a todas horas andan clamando por la famosa *realidad nacional*, la olviden mil veces en la práctica a propósito de cientos de cosas distintas y, en este caso concreto, de los estudios generales. Si los estudiantes que llegan a las universidades poseyeran unos sólidos conocimientos y buenos hábitos de estudio adquiridos en los colegios y si, en segundo término, tuvieran, en su mayoría, una auténtica vocación por el saber, nada, en teoría, habría que oponer a la práctica de la *verticalización*. Los dos supuestos, sin embargo, desgraciadamente, no se dan. Es ya común sentir de todos la mala preparación de los estudiantes en el bachillerato, cualesquiera que puedan ser las causas. Y en cuanto a la vocación, el que más y el que menos va a la universidad, porque en el mundo moderno, hartamente complejo y tecnificado, el título se hace imprescindible para optar por un *puesto* en las modernas sociedades. De resultas de ello, los más van a las universidades por el *cartón*, no por el saber.

Hasta ahora, con mejor o peor ánimo, los recién ingresados a las universidades sabían que durante el primer año tenían que hacer frente a la obligación de estudiar las humanidades. Y como esa era su *tarea*, dedicaban todo su esfuerzo y voluntad a salir airoso de la prueba. Ingresados, sin embargo, directamente a las carreras, tenderán a concentrar sus esfuerzos en las disciplinas que conducen a la obtención del título ansiado y juzgarán, cada vez más, como un enojoso estorbo, el tener que cursar, con el *cartón* más o menos *a la vista*, materias que minusvalorarán en razón al pragmatismo arriba señalado, propio de los tiempos de hoy y, asimismo, de lo alejadas que están de su específica área de interés. Dado el *primer paso*, la *verticalización*, tenderán a dar el segundo, la eliminación de la ganga inútil de los estudios humanísticos y volveremos de nuevo, con los *revolucionarios* cambios, a la fabricación de bárbaros especializados.